

## La proyección eclesial de un mensaje

José Luis Illanes

Vicedecano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.  
Miembro de la «Pontificia Academia Teológica Romana»



Con frecuencia, los acontecimientos que consideramos como históricos no manifiestan por sí mismos la importancia que están destinados a adquirir, ya que esa importancia se desvela, y en ocasiones se alcanza, sólo a través de acontecimientos posteriores. El paso del Rubicón por Julio César –es sólo un ejemplo, entre otros posibles– alcanza su especialísimo relieve a partir de las posteriores victorias del general romano y del impacto que su figura tuvo en la evolución de las instituciones. Y la conocida manzana de Newton –añadamos otro ejemplo– adquiere significatividad en conexión con las reflexiones que inmediatamente suscitara en el gran físico inglés, y sobre todo en el contexto de su ulterior y potente construcción intelectual.

Desde una perspectiva cristiana, a la que le es consubstancial la afirmación de la intervención de Dios en el curso concreto de nuestro existir, los acontecimientos, y en especial los que están relacionados con la historia de la salvación y con el vivir de la Iglesia, no constituyen hechos mostrencos, dispersos y carentes de sentido, sino hitos a través de los que se realiza y se da a conocer un designio divino. Pero, aun en este caso, el valor de los acontecimientos, salvo casos especiales, no se percibe en el momento mismo, sino más adelante, cuando el entrecruzarse entre designio de Dios y libertad humana va dotando de fisonomía a la historia y permite, aunque con frecuencia sólo en claroscuro, entrever el sentido del acontecer.

Las consideraciones que preceden contienen, a modo de esbozo un tanto apresurado, algunos de los principios configuradores de lo que cabría calificar como hermenéutica teológica de la historia. Son suficientes, no obstante, para nuestro propósito, ya que aspiran sólo a encuadrar unas reflexiones introductorias al acontecimiento a cuya conmemoración desea contribuir el presente libro.

El nacimiento el 9 de enero de 1902, en el seno de la familia Escrivá de Balaguer y Albás y en la ciudad de Barbastro, de un varón que recibió el nombre de Josemaría, adquiere importancia sólo a partir de la posterior vida de quien entonces nacía. Y, más concretamente, a partir de ese momento crucial en el itinerario vital de Josemaría Escrivá que fue el 2 de octubre de 1928: la fundación del Opus Dei. En esa fecha, en efecto, ante la mente y el corazón del, en aquel momento, joven sacerdote aragonés se desplegó un horizonte espiritual que, subrayando aspectos centrales del mensaje cristiano, estaba destinado no sólo a dar sentido a la totalidad de su existencia, sino a incidir poderosamente en la vida y en el apostolado de la Iglesia.

### En las encrucijadas de la historia

*El Fundador del Opus Dei ha recordado –se lee en el Breve pontificio por el que, en 1992, se proclamaba beato a Josemaría Escrivá– que la universalidad de la llamada a la plenitud de la unión con Cristo trae consigo que toda actividad humana pueda ser lugar de encuentro con Dios. El trabajo adquiere así –prosigue el decreto– una función central en la economía de la santificación y del apostolado cristianos. Poner de manifiesto la conexión entre el dinamismo natural del actuar humano y el dinamismo de la gracia, implica, en efecto, afirmar, de una parte, el primado de la vida sobrenatural de unión con Cristo y, a la vez, invitar a todos los fieles a traducir esa vida en un decidido esfuerzo en orden a la animación cristiana del mundo. En ese contexto –concluye el decreto–, el Venerable Josemaría Escrivá ha mostrado la potencia redentora de la fe, y su capacidad para regenerar tanto las personas singulares como las estructuras en las que se plasman los ideales y las aspiraciones de los hombres<sup>01</sup>.*

*En una sociedad en la que el afán desenfrenado de poseer cosas materiales las convierte en un ídolo y en motivo de alejamiento de Dios –afirmaba a su vez Juan Pablo II en la homilía durante la Misa de beatificación–, el nuevo beato nos recuerda que estas mismas realidades, criaturas de Dios y del ingenio humano, si se usan rectamente para gloria del Creador y al servicio de los hermanos, pueden ser camino para el encuentro del hombre con Cristo. Todas las cosas de la tierra –enseñaba–, también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios (Carta del 19-III-1954) <sup>02</sup>.*

En estas palabras del Romano Pontífice cabe percibir, junto a una remisión a textos y afirmaciones muy características en la predicación del beato Josemaría Escrivá, el eco de una sintonía con su personal interpretación de la historia contemporánea, en la que la referencia al trabajo, en cuanto expresión de la creatividad humana y fuerza decisiva en el progresar de la humanidad, adquiere particular relieve. De ahí que le haya dedicado una de sus encíclicas más emblemáticas, la *Laborem exercens*, que culmina –no lo olvidemos– con un capítulo destinado a tratar precisamente de la espiritualidad del trabajo. Es decir, de la urgente necesidad, tanto para los individuos singulares como para la sociedad, de que el hombre vivencie espiritualmente su trabajo, afronte la tarea de trabajar con conciencia de que ahí –también ahí, o sea, en el trabajo y en las múltiples y variadas actividades humanas– puede y debe manifestarse toda la riqueza que implica su condición espiritual: su trascendencia sobre el acontecer, su capacidad de amar, su apertura al infinito.

En los escritos del beato Josemaría se encuentran, como no podía ser menos en quien invitaba a santificar la realidad diaria, abundantes referencias a los contextos históricos que, en uno u otro

momento, le tocó vivir, así como amplias visiones de la historia, fruto no tanto de un análisis filosófico, historiográfico o sociológico, cuanto de una proyección sobre el acontecer de la comprensión de la fe cristiana que alcanzó el 2 de octubre de 1928 y afianzaron y completaron hechos y experiencias posteriores.

Citemos, a modo de ejemplo, uno de los puntos más conocidos de Camino: *Un secreto. –Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. –Dios quiere un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana. –Después... «pax Christi in regno Christi» –la paz de Cristo en el reino de Cristo <sup>03</sup>.* Así como esta otra exposición, equivalente pero temáticamente más desarrollada, proveniente de una de sus homilias: *el mundo salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado. Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que –por obra del Espíritu Santo– tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, adoptionem filiorum reciperemus (Ga 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cfr. Rm 6. 4–5), liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Ef 1, 9–10), que los ha reconciliado con Dios (cfr. Col 1, 20.) (Es Cristo que pasa, n. 183).*

Situado en mitad de la historia, el cristiano –todo cristiano– está llamado a proclamar la realidad de la redención, la verdad de la fuerza redentora y santificadora de la entrega de Cristo. Y ello no sólo con la palabra, sino con las obras, más aún, con la vida entera. También en referencia a la vida ordinaria, al vivir propio de quien, cristiano corriente, entreteje su existencia con las múlti-

ples y variadas realidades terrenas: el trabajo y el deporte, la sociedad y la familia, la amistad y la política, la agricultura y el comercio, el estudio y el arte. El horizonte que el beato Josemaría abrió en todo momento ante quienes le escuchaban –y el que continúa abriendo ahora ante quienes siguen sus enseñanzas y leen sus escritos– es el de un cristianismo vivido a fondo, con plenitud teologal, en las incidencias y avatares concretos del común existir humano. En suma, y con sus propias palabras, la llamada a *santificar la vida ordinaria, santificarse en la vida ordinaria y santificar a los demás con la vida ordinaria* <sup>04</sup>.

El cristiano no está llamado, en cuanto tal cristiano y por principio, a distanciarse del mundo, sino a asumirlo. Lo que implica, de una parte, aprecio por todo lo humano, sintonía con el momento que a cada uno le es dado vivir, dedicación a la propia tarea. Y, de otra, conciencia de la cercanía de un Dios que se da a conocer no sólo como plenitud futura, sino como creador, como padre y como amigo, constantemente presente y constantemente cercano. En suma –y acudo de nuevo a palabras del beato Josemaría–, vida contemplativa en medio del mundo, o sea, vida vivida sabiéndose en presencia de un Dios que invita a la relación con Él no al margen del mundo, sino amando al mundo, llevándolo a perfección y, en su caso, transformándolo para liberarlo de las huellas dejadas por el mal y por el pecado. Queda así radicalmente excluida toda exterioridad entre vida humana y vocación divina, para subrayar, en cambio, la capacidad redentora y santificadora de la gracia y, en consecuencia, su virtualidad para vivificar desde dentro todas las realidades y todos los ideales.

El optimismo teologal que implica este planteamiento, no desembocó nunca, en el beato Josemaría, en un optimismo superficial

o ingenuo. Tuvo clara conciencia de la falibilidad consubstancial a lo humano, y, a lo largo de su vida, se vio confrontado con acontecimientos históricos muy variados, en ocasiones positivos, en otras críticos. En todo caso, sea cual sea la valoración que le mereciera el concreto momento cultural, su respuesta fue siempre abierta y esperanzada. Al experimentar los avatares de la historia, el cristiano no debe nunca amilanarse, sino radicarse en la fe y, en consecuencia, afrontar audazmente las situaciones. Deberá, ciertamente, proceder a valorar esas situaciones a la luz del Evangelio, detectando, cuando las haya, las manifestaciones de negatividad, pero buscando a la vez lo que en ellas pueda haber de válido y positivo a fin de tomar pie de todo ello en orden a construir el futuro. Ése es, en efecto, el camino que resulta connatural al ideal de la santificación del trabajo, que reclama santificarse no sólo mientras se trabaja, sino precisamente santificando el trabajo, amando el trabajo e infundiendo en él y en las realidades a las que da lugar la savia vivificante de Cristo.

## Historia de la Iglesia, historia de los santos

La historia de la Iglesia, como la de cualquier otra realidad, puede ser analizada desde muy diversas perspectivas: la profundización por parte de la comunidad cristiana en la fe transmitida por los apóstoles, la evolución de las mentalidades, el desarrollo de las instituciones, la confrontación y el diálogo con las culturas en cuyo seno los cristianos han vivido o viven, etc., etc. Hace ya algunos años, en un artículo escrito precisamente con ocasión de la beatificación de Josemaría Escrivá, puse de manifiesto que, una de esas perspectivas, y por cierto, una de las más iluminantes y significativas, es la de la santidad, ya que la historia de la Iglesia es, en su núcleo mismo,

historia de la santidad <sup>05</sup>. Y ello no sólo en referencia a la santidad a la que remitimos al hablar de comunión de los santos, es decir, a la santidad tal y como se da en los millones de hombres y mujeres, conocidos unos, desconocidos otros, que pueblan la tierra o han llegado ya a los cielos –realidad que, en gran parte, permanece oculta y se desvelará sólo en la escatología–, sino también en referencia a la santidad que es públicamente reconocida por la comunidad cristiana y, en uno u otro grado, confirmada por la jerarquía eclesiástica y recogida en la liturgia. En suma, la santidad de los santos, en el sentido coloquial del vocablo.

Hablar de santidad es hablar de don de Dios y de respuesta humana y por tanto introducirse –repetámoslo– en una dimensión trascendente cuyos rasgos se percibirán con plenitud sólo en el momento final, cuando se consume la historia. Pero es también, al menos en alguna de sus dimensiones, hablar de la historia, del devenir de la Iglesia en la historia e incluso de la conexión entre ese devenir y el evolucionar de los tiempos y de las culturas. Ya que el Espíritu Santo, fuente de toda santidad y fuerza que, animando los corazones, dirige e impulsa el vivir de la comunidad cristiana, suscita en ella no sólo santos, sino santos que hagan presente a la Iglesia en el propio tiempo. Santos que, en cada momento histórico, recuerden y evidencien, al hacerlos carne de su carne y vida de su vida, aquellos aspectos del Evangelio que resultan especialmente relevantes en las encrucijadas de la historia que les corresponde vivir.

En la coyuntura cultural contemporánea, marcada por las sucesivas revoluciones industriales y tecnológicas y caracterizada por una aguda conciencia por parte del hombre acerca de su protagonismo respecto de los procesos histórico–sociales, el beato

Josemaría Escrivá ocupa una posición de singular relieve. Así lo afirmaba Juan Pablo II en los textos que citábamos al principio, y a los que merece la pena volver ahora con la memoria, ya que ponen de manifiesto, a la vez, tanto la importancia histórica del mensaje del beato Josemaría como su proyección de futuro y, en consecuencia, sus implicaciones existenciales.

En esas implicaciones ha puesto precisamente el acento el actual Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, al referirse a la efeméride que ahora se celebra. *Para los fieles de la Prelatura, este centenario –afirmaba en una entrevista concedida en julio de 2001 a un diario italiano– no supone una simple conmemoración, ni el mero recuerdo de una fecha importante. Representa más bien una invitación a reflexionar sobre las enseñanzas del Fundador del Opus Dei, y a descubrir modos nuevos de darles siempre más cuerpo en la existencia ordinaria* <sup>06</sup>. Pocos días antes, en la homilía pronunciada el 26 de junio, fiesta del beato Josemaría, lo había recalado destacando uno de los núcleos básicos de ese mensaje: la llamada a la santidad. *Dentro de pocos meses –fueron sus palabras–, el 9 de enero de 2002, se cumplirán cien años del nacimiento del beato Josemaría Escrivá, un aniversario para el que nos estamos preparando espiritualmente con la renovación de nuestros anhelos de santidad. Cada hombre y cada mujer que vienen al mundo –añadió poco después– son llamados a desempeñar una misión que sólo ellos pueden cumplir. Ninguno tiene delante de sí una vida carente de fin: todos son preciosos en la presencia del Señor, que dispone las circunstancias del modo más conveniente y otorga a cada alma las gracias necesarias para estar a la altura de la tarea que le ha sido asignada* <sup>07</sup>.

Proclamar el ideal de la llamada universal a la santidad y, en ese contexto, el de la santificación del trabajo –sobre todo si esa

proclamación tiene lugar con plena advertencia de lo que esos ideales implican, y eso es lo que acontece en Josemaría Escrivá—no puede realizarse sin proceder a una profundización en amplios sectores del dogma y la espiritualidad. Sólo así, en efecto, esa proclamación supera el estado de mera exhortación para radicarse en la verdad del ser y desplegar todas sus virtualidades.

El periplo histórico y vital del beato Josemaría lo pone de manifiesto: en su predicación y en sus escritos tuvo siempre presente la luz recibida el 2 de octubre de 1928 y los otros sucesos que la acompañaron, para, meditándolos desde el conjunto de la fe cristiana, desentrañar toda sus implicaciones. Los dogmas de la creación y de la encarnación y, como trasfondo, la realidad del vivir trinitario de Dios y la de su amor hacia los hombres, constituyeron objeto constante de una oración a la vez personalizante y meditativa.

Pudo así poner de manifiesto de muchos modos y maneras, pero siempre con convicción profunda y con palabra encendida, que a Dios no se le encuentra al margen de lo humano, sino en lo humano, contemplándolo y descifrándolo con los ojos de la fe, ya que *hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir*<sup>08</sup>. *No hay lugar, en el existir cristiano, para una doble vida* —la devocional o cristiana de una parte y la histórica o humana de otra—, *ni tampoco para una mera coordinación o yuxtaposición de planos, puesto que la relación entre el hombre y Dios se establece en el centro del alma, en el núcleo de la personalidad y debe redundar por tanto en la totalidad de la existencia*. De ahí que pudiera concluir, situándonos ante uno de los puntos focales de su mensaje: *hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena*

*de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales*<sup>09</sup>.

Es casi un lugar común en la historiografía contemporánea reconocer el carácter comprometido del historiador. Superado el positivismo y su convicción ingenua respecto a la posibilidad de alcanzar los hechos en su mera facticidad —mejor, el error que esa convicción implica al postular una exterioridad entre facticidad y sentido—, somos hoy conscientes de que el historiador intenta reconstruir el pasado partiendo del presente y con atención al futuro. Y de que es precisamente gracias a esa actitud como es posible interrogar al pasado de modo que nos desvele toda su riqueza. Eso es así en todo caso y, de modo muy especial, cuando la mirada dirigida al pasado se posa en quien, como ocurre en todo gran santo, es depositario y transmisor de un mensaje.

Ésta es, entre otras, una de las razones, y no la menos importante, por las que la evocación del 2 de enero de 1902, fecha del nacimiento de Josemaría Escrivá de Balaguer, no puede estar separada de la referencia al conjunto de su vida y, especialmente, a ese momento crucial constituido por el 2 de octubre de 1928. Y la razón también por la que esa evocación no puede consistir sólo en una rememoración del pasado o aspirar sólo a un encomio de la personalidad de aquél a quien se conmemora. Debe, en efecto, estar unida a una consideración actual y vivida de su mensaje. Porque si bien es cierto que todo santo está, como ya hemos dicho, en relación con su tiempo, también lo es que, en la medida en que se radicó en el Evangelio —y en eso consiste la santidad—, su figura pone de manifiesto destellos de esa verdad cristiana de la que no sólo su generación, sino también las sucesivas pueden y deben continuar viviendo.

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.